

JESUS URUETA.

Pronunciado en la velada organizada por los estudiantes de Jurisprudencia en honor de Juárez, la noche del 18 de julio de 1901 en el Teatro del Renacimiento.

Discurso.

No vestiré mi discurso con los luengos ropajes luctuosos de las graves oraciones fúnebres. Esta fecha no es una fecha de duelo colectivo, sino de universal regocijo: el 18 de julio no es día de la muerte, es, señores, el día de la resurrección. Que resuenen en los aires los himnos favoritos de la patria, y desparramen todas sus flores los vergeles, que los jóvenes dancen al son de las músicas sagradas, y los enjambres canoros de la poesía palpiten y vuelen como abejas de oro; que todos los corazones se fundan al calor de un mismo entusiasmo, y un inmenso grito de júbilo suba al cielo anunciando los festivales de un pueblo. ¡El versículo de la Sulamita es eternamente cierto: el amor triunfa de la muerte! Benito Juárez no está bajo su lápida mortuoria convertido en cenizas; está dentro de nuestras almas convertido en idea, en sentimiento, en aspiración. Cariño a la patria, deseo de libertad, sacrificios por el deber, lucha contra el mal, recuerdos de dolor y de gloria, ideales también de dolor y de gloria, todo eso es Juárez. ¡Sublime transformación del hombre! Pudo el pueblo engañado por el golpe brusco y por el poder alucinante de la realidad llorar un día sus más amargas lágrimas, ver ennegrecido por fatídicas nubes el porvenir, y en torno del pabellón cresponado maldecir al cielo y clamar a los infiernos. Juárez, en su ataúd, descansaba. Se le creía muerto. Allí acudieron sus discípulos de patriotismo y de infortunio, y en vez de sentir la dolorosa agonía de la desesperanza, sintieron brotar en sus almas una esperanza nueva... entonces fue cuando Guillermo Prieto, infundiendo en la frase toda la esperanza vital de su infinito anhelo gritaba: “¡De pie,

señor, de pie!” y a ese grito poderoso como un conjuro, se hizo el milagro: el muerto sacudió el sudario y se puso de pie en la conciencia nacional.

De los combatientes de vanguardia muy pocos quedan, y pronto abandonarán el puesto de honor. Pueden caer, ¡no importa! El hombre, al morir, retoña en su descendencia, y sus obras no se pierden en la incesante elaboración de la historia. Bazaine proviene de los grandes traidores y Gambetta de los grandes defensores: Esquilo, Cervantes tienen la misma filiación gloriosa de héroes poetas, y en los anales de nuestro mundo, siempre que el espíritu humano ha estado en peligro de muerte, se ha repetido las salvadoras epopeyas de Maratón y Salamina. El hombre dura mientras dura su esfuerzo, por eso son inmortales los que trabajan por la libertad. Las naciones deben sus energías más a los muertos que a los vivos. El polvo que piensa no vuelve al polvo. La idea es fuerza de incalculables resultados: penetra, se difunde, se transforma eternamente, es el espíritu del que habla Goethe, “tejiendo en los talleres del tiempo el ropaje viviente de la divinidad”. Toda palabra fecundiza, toda predicación deja su semen en el surco. Los libros de los enciclopedistas se convirtieron en la sangre de la revolución burguesa; los libros de los pensadores modernos serán la sangre de la revolución obrera. Renán dice bien cuando dice: “¡Puede la iglesia anatematizar a Voltaire, puede la influenciada y temerosa mano de la madre quitarlo de tu biblioteca. De ti no lo arrancarán jamás, porque Voltaire eres tú mismo!” La idea en actividad atraviesa la historia en una serie de encarnaciones diversas: Hidalgo con el tiempo se llamará Juárez; el Pensador Mexicano aparecerá un día en la Academia de Letras con las facciones cobrizas del Nigromante, y la mirada de lumbre de Morelos fulgurará de nuevo en los anteojos del general Zaragoza. La historia es una pasión, porque es una pasión la vida: grandioso combate perdurable en que las verdades y las bellezas y las virtudes, se conquistan en hecatombes inmensas que marcan con su rastro de dolor y de sangre el lento itinerario humano.

Es creencia comunísima que no tenemos en nuestros anales patrios un sólo hecho de universal trascendencia, que nuestros martirios y nuestros triunfos son triunfos y martirios puramente nacionales. La revolución francesa, se dice es un hecho universal; la Reforma mexicana es un hecho local. No comprendo la historia con tan mezquina filosofía. El progreso no se mutila. Todo está encadenado, todo tiene su ley. El movimiento de un astro coopera a la armonía del universo, el movimiento de un pueblo coopera a la armonía de la humanidad. Para la obra final de redención y de amor, poco importan las diferencias de razas y de medios; en el fondo de las más contrapuestas tendencias hay elementos comunes, y todos los ideales se fusionan en un ideal supremo, profundamente humano, religión de todos, de los que sufren y de los que gozan, de los parias y de los libres, Zeus luminoso para los griegos, Dios de misericordia para los pobres de espíritu, verdad serena para el sabio, inmaculada belleza para el artista. Sobre todas las patrias está la gran patria, la naturaleza infinita. Todos tenemos obligación de darle nuevas actividades para fecundarla, todos tenemos derecho a los brotes de sus entrañas. Para comprender al hombre en sus obras, es ante todo indispensable estudiar su nacionalidad; pero luego, el análisis debe taladrar hasta las últimas capas del espíritu, descubrir los elementos irreductibles, despojar de revestimientos posteriores el núcleo primitivo, poner al desnudo la fibra humana, la que al vibrar hace vibrar nuestro corazón en sus más atávicas profundidades, arrancándonos lágrimas con el Quijote, esa sublime alegría de la risa, o haciéndonos estremecer con los trágicos acontecimientos de Hamlet ante los peligrosos bordes de lo insondable. Pues bien, Benito Juárez es, ante todo, mexicano. Las grandezas de su carácter son las grandezas del carácter de su raza, realizadas en él como una concreción y como una síntesis, pero sobre todo, es un miembro de la humanidad, una figura de primer orden entre las grandes figuras de la historia, caudillo, héroe; tomo estas palabras en su significación épica de los que se ha dicho, en intencionada frase, ¡que no tienen patria, porque sus actos son como gotas de sangre que circulan en el organismo entero de la humanidad, nutriéndolo de vida y floreciéndolo de amor!

¿Cuáles son los elementos profundamente humanos del carácter de Juárez? La constancia heroica y la fe en Dios. He recogido, señores, de los labios de mi padre, un hecho sencillo en su magnitud, que años ha relataba yo ante la tumba del Benemérito, y que quiero depositar hoy en la memoria ávida de la juventud, porque revela mejor que cualquier análisis el espíritu de Juárez, espíritu “de hierro y de roca”, como el del rebelde encadenado esquiliano. Los patriotas que a través del desierto conducían el arca santa con las reliquias del pueblo, llegaron a Chihuahua, llevando la patria, como Danton, en las suelas de sus zapatos. En una sala, apenas alumbrada por las agonizantes luces del crepúsculo y en la triste penumbra del fondo, estaban sentados Juárez, Iglesias, Lerdo, Prieto... ya dispuestos a salir rumbo al Norte, pues de un momento a otro se escucharía en las calles de la ciudad el redoble de las avanzadas francesas. Todo, como esa sala, estaba triste; algo muy querido parecía acompañar en su agonía al crepúsculo... la cara de Juárez tenía la impasibilidad dura de una máscara de bronce. Las tormentas de su alma no relampagueaban en sus ojos. No estaba cansado; no sufría. Se habló de la situación del país; el señor Lerdo disertó sobre derecho internacional, como siempre, admirablemente; Guillermo Prieto dijo algún chiste, como siempre, delicioso. La atmósfera estaba saturada de angustia... aquellos hombres espectrales no se movían, no se iban, no huían. Juárez dijo a sus visitantes: “Aún hay tiempo de fumar un cigarro; nada está perdido; creo poder volver dentro de cinco años a colocar la bandera en el Palacio Nacional”. ¿Cinco años? No pasó uno, y la bandera ondulaba en la Capital de la República, a los soplos de la Libertad. De manera que ese hombre, sin dinero, sin ejércitos, en los límites de su país, cuando nadie creía en él, excepto él mismo, pensaba resistir cinco años más. Con una perspectiva así de negra, así de vacía, desdeñaba el puñal que le ofreciera la tentadora sombra de Catón. No, no tiene razón el Nigromante, no fue sublime el suicidio del romano, porque aún algo le quedaba qué hacer por la República, sufrir y esperar; no fue sublime porque perdió la fe, porque dudó de su alma. Juárez es más grande: derrotado por el destino, todavía pedía cinco años de infortunios para vencer al destino: ¡Bien se conoce que la hoguera de Cuauhtémoc iluminaba su conciencia!

¡Nadie creía en él, triste verdad! Era el día sagrado, el 15 de septiembre. El General Brincourt ocupaba Chihuahua. Alrededor de la humilde pirámide que levantó el cariño popular sobre los restos de Hidalgo, se cometía un sacrilegio: los franceses y los traidores celebraron la independencia de nuestro suelo. En cambio, algunos buenos patriotas organizaron en la capilla de la Parroquia una Misa de Duelo, y allí fueron con sus hijos las madres enlutadas a llorar la muerte de la patria, a entenada para siempre... Las oraciones eran gemidos; en las baldosas arrastraban las casas funerarias; los ojos húmedos se clavaban en el llagado cuerpo del Redentor; el órgano sollozaba el miserere; el incienso envolvía en nubes seráficas las cabecitas de los niños... ¡Juárez no volvería, imposible! Y no sólo en las lejanas fronteras, no sólo en la pobre parroquia de mi pueblo, sino en toda la extensión del país, hubo un abrazo impío de conquistadores y traidores, y una misa de duelo de todas las madres y de todos los hijos, bajo la negra, bajo la infinita soledad del cielo! ¡Juárez! ¡Oh, Juárez no volvería, imposible! Juárez volvió. ¡Ah, Señor!, si ese hombre que tuvo que combatir no sólo a los franceses, no sólo a los traidores, y que venció no sólo al clero, sino también al escepticismo del pueblo, no figurara en la historia de la humanidad, no fuera una gloria universal, tendríamos derecho al mal, a la destrucción, al suicidio, arrojando nuestros hechos y nuestras virtudes y nuestros pensamientos y nuestros ideales y nuestras almas, a la combustión satánica de un infierno devorante, de una muerte ignominiosa. ¡Benito Juárez no es el Benemérito de las Américas, es Benemérito del mundo entero!

Y hoy que hemos perdido la fe en las quimeras del jacobismo, pero la tenemos cada vez mayor en las verdades de la ciencia; hoy que ya no nos exalta la raudalosa elocuencia dantoniana arrastrando en su furia mantos desgarrados y cetros rotos, pero nos entusiasma la serena voz de la filosofía que deposita limo fecundo en las lamas y jamás desborda cóleras destructoras de su profundo cauce; hoy que nos burlamos un poco de las disertaciones incoloras y pedantescas de Robespierre y estudiamos en Rousseau un caso patológico; hoy que los reyes y los frailes y los nobles, que habían

perdido la fisonomía humana con los corrosivos de la literatura demagógica que los llamaba y los llama, hidras, vampiros, endriagos, nos aparecen en la historia científica con sus facciones normales, como hombres semejantes a los demás hombres, algunas veces liberales, complacientes, artistas: hoy que analizamos y que nos explicamos sin odiarlas “a priori”, las etapas más infaustas de la crónica humana; hoy que ya no creemos que la regeneración universal brote de un epiléptico de encrucijada, aplaudido por el populacho ebrio que deserta de las escuelas y de los talleres, y armado de formidables picas levanta su triunfo a Marat, grotesco y patibulario, sobre los bonetes rojos; hoy que no creemos en la utópica democracia del Contrato Social idealmente bella como un diálogo platónico, trazado a maravilla con la armonía matemática de los silogismos, pero falsa de toda falsedad; hoy, por último, que vemos evaporarse en el horizonte las últimas humaredas de la Convención, devorada por sus propias llamas, estamos en aptitud de comprender la personalidad real del señor Juárez, pasándola del mito a la ciencia, pero sin destruir el mito que es arte; de la leyenda a la historia, pero sin destruir la leyenda que es poesía; cumpliendo así con el deber que como ciudadanos y patriotas tenemos de preservarla de todo homenaje falso y de toda injusticia sacrílega, a riesgo de que la posteridad la encuentre mutilada y sucia bajo el polvo del tiempo, como encuentra el arqueólogo los restos de los palestritas de mármol y de los atletas de bronce que yacen en la tierra divina del arte, devastada por la violencia y por la ingratitud.

A la juventud toca tarea tan meritoria. ¡Qué mejor homenaje podéis rendir al muerto ilustre, que hacerlo vivir incesantemente, con todo amor en vuestras meditaciones y en vuestros estudios! Os lo disputan dos bandos enemigos: el Clero y la Jacobinería. Uno proviene de Jerusalén primero y de Roma después, de la ciudad pontificia! y hierática, autoritaria y solemne llena de ascetas con callosidades en las rodillas y láminas de oro en las frentes. No es divino; dejó caer en sangre y en el lodo de la vida el ideal de Jesús: es humano, es decir, bueno y malo. Sus grandes acciones le han dado lustre, sus grandes crímenes le han valido anatema. Salvó la ciencia de la

rapiña de los bárbaros y prendió los leños del odio bajo las plantas de Juan Huss y de Gerónimo de Praga. Y hoy, contaminado por el industrialismo febril del tiempo, en vez de abrir el Reinado de Dios con las llaves de Pedro, penetra a saco en las ricas heredades del capital con los instrumentos del agio y de la astucia. Y si desoye la santa palabra de León, de ese anciano blanco y bueno, cuyos labios manan amor como los panales miel, y cuyo espíritu asciende a la muerte como una hostia sobre la humanidad arrodillada, si no vuelve en peregrinación expiatoria y en demanda de misericordia a los huertos de Galilea, si con ios supremos exorcismos del arrepentimiento no arroja de su alma el Demonio del Vido, entonces se entregará atado de pies y manos a las implacables justicias flamígeras de la historia.

Si el Clero niega a Juárez, la jacobinería lo deforma porque lo hace objeto de un fanatismo, colocándolo como santo del calendario demagógico. Cisma, intransigencia, odio, guillotina, parlamentos-clubes llenos de humo de pipas y vociferaciones de muerte, la decapitación de Dios en el cielo y la felicidad salvaje sobre la Tierra: ¡bellos ideales! Tuvieron los jacobinos su papel en la Historia, trágico siempre y a veces grande. Hoy, han pasado de moda: son siempre grotescos y nunca grandes. Se parecen al Caballero de la Noche y de la Muerte de que habla Tennyson, que oculta las flacas fuerzas de un niño bajo pavorosos y formidables arreos de combate. No, no pueden ser ellos el señor Juárez. El hombre que castigó todos los abusos para defender todos los privilegios, para defender todas las garantías, el hombre que castigó todas las opresiones para defender todas las libertades, no es un cismático, no es un sectario, no es un intransigente, es un Reformador. La base de su obra es esencialmente económica; el fin de su obra es esencialmente moral. Fue un hombre de paz, fue un hombre de amor, fue un hombre de progreso. Su espíritu no está en el odio ciego e inmoral de las edades muertas; tendríamos entonces que odiarlo y Dios sabe cuánto le veneramos; está en el respeto del pasado, en el trabajo del presente, en la fe del porvenir, en el conocimiento de lo que hemos sido, de lo que somos, de lo que seremos abarcando la prodigiosa evolución que si aún nos ha dejado

en las extremidades de la mano las garras del carnicero velludo y delincuente y en las capas más hondas del alma el apetito bestial y la pasión impura, empieza a poner en nuestras frentes los primeros destellos de la divinidad, como un beso matinal de la infinita poesía del amor.

Y si alguna vez, ¡qué sabemos!, las pasiones estallan en tragedias, si la ludia se hace inevitable, si los parches de Tirteo resuenan y marcháis en las filas “cubriéndoos el pecho con el orbe del escudo, blandiendo en la diestra la lanza sólida y agitando la terrible cimera sobre el casco”, defended bizarramente la figura de Juárez, dando actos heroicos a la fama clamorosa, defendedla en nombre del arte, en nombre de la conciencia, en nombre de todos los lienzos pintados, de todas las estatuas esculpidas, de todas las verdades conquistadas, en nombre de los que ostentan cicatrices resplandecientes, en nombre de la conciencia, en nombre de los que bajan con la lámpara de Aladino a las entrañas de la vida, en nombre de los que llevan al costado una lira, madre de la estrofa que se desbarata en colores, en lágrimas o en cóleras, en nombre de la patria que nos concreta, en nombre de la humanidad que nos contiene y viriles, fuertes, invencibles, como hacen los héroes de la Ilíada con los cuclillos rotos en la brega, cubrid y proteged la figura de Juárez con una muralla circular de clavav resonantes.